

## SERMON DOGMÁTICO

SOBRE

### LA EXISTENCIA DE LA VIDA FUTURA.

---

*Non habemus hic manentem civitatem, sed futuram inquirimus.*

No tenemos aquí ciudad permanente, mas buscamos la que está por venir.

(HEBREOS, cap. XIII, vers. 14.)

Como el viajero que en medio de una rápida marcha se encuentra, sin pensarlo, con una encrucijada que le hace detener sus pasos á examinar cuál será el camino verdadero para llegar al término deseado, se halla mi espíritu en este momento. Pretendo hablar de la gloria del paraíso; y son tantas las grandezas que me salen al encuentro al pronunciar sólo la palabra *cielo*, que me veo obligado á bajar las velas al débil bajel de mi espíritu, y mudar de rumbo, porque temo dar entre escollos. El objeto, el sujeto, el lugar; hé aquí tres puntos bien difíciles de comprenderse: el objeto es Dios, el sujeto es el hombre, el lugar es el cielo; Dios es incomprendible; el hombre, aún en esta vida, es un misterio, es un sér grande, noble, sublime, cuyas operaciones sólo son conocidas perfectamente de Dios. ¿Cómo es posible que comprendamos lo que ha de ser este sér en estado de gloria, si apenas podemos descifrarlo ahora que es mortal? El cielo ¡ay! el jardín de la casa de un príncipe, con sus variadas fuentes, cascadas, bosques, calles, flores, pa-

seos, laberintos y delicias, nos encanta y absorbe nuestra atención; el verde y sencillo prado, matizado de flores y alfombrado de tierno césped, hace que el filósofo detenga en él sus miradas escudriñadoras, y que confiese que nada entiende tan solo con que quiera examinar la naturaleza y artificio de una brizna de yerba y de una florecita la más insignificante; no hacemos más que balbucear como niños al querer descubrir totalmente todas las partes de los tres reinos de la naturaleza, cuyos objetos tocamos, vemos, examinamos, disolvemos, analizamos; ¿y querremos comprender lo que es el cielo? ¿El cielo, que está separado de nosotros por distancias infinitas, pues la más pequeña de las estrellas es muchos millones de veces mayor que la tierra, y más esplendente que el sol, y sin embargo no las vemos sino como unas pequeñas chispas de diamante inflamado? ¿El cielo, donde Dios ostenta toda su gloria, y grandeza, y majestad, y hermosura, y amor? ¿Lo comprenderemos? ¿Podremos hablar de él? ¿Podremos hacer una descripción completa? Sería esto una temeridad, sería una empresa inacabable.

Sin pasar adelante en esta materia, diré, lo primero, que el objeto de nuestra fruición en la gloria es aquel Sér divino que habita entre luces inaccesibles, que ninguno vió ni puede ver estando en carne mortal: verlo, contemplarlo, amarlo y ser amado de Él, es la esencia de aquella gloria; segundo, el sujeto que ha de ver y contemplar y amar es el alma humana, revestida para tan sublime fin de la luz de la gloria, gozando de esta dicha sin tasa ni medida, no solamente ella, sino el cuerpo que fué su habitación en la tierra; y tercero, os diré que el lugar de estos goces inefables es el cielo. ¿Quereis profundizar más la materia? ¿Quereis saber más? Preguntadlo á Pablo; él os dirá que una vez fuera elevado hasta el tercer cielo, y causó este raptó en él tanta impresion, que jamás pudo cerciorarse de cómo habia sucedido, y sólo sa-

hía decir que, arrebatado al paraíso, oyó palabras secretas, que al hombre no es lícito hablar. También os dirá que ni el ojo vió, ni la oreja oyó, ni ocurrió jamás al corazón humano lo que Dios preparó para los que le aman. Preguntadle sobre el sujeto de esta gloria, y os responderá que este cuerpo corruptible se revestirá de gloria é incorruptibilidad; que como fuimos en nuestra peregrinación unos trasuntos del Adán terrenal, lo hemos de ser en la resurrección del Adán celestial, y que, hermosos y esplendentes, tendremos en nuestra mano la bandera de la victoria, gritando entonces á la muerte y diciéndola: «¿Dónde está tu victoria? ¿dónde tu aguijón?» Preguntadle sobre esta morada de los justos, y os dirá que no se parece en nada á lo que vemos y palpamos; que aquella Jerusalen celestial no es como las ciudades terrenas, donde no viven sino hombres esclavos, porque están todos sujetos á un cuerpo corruptible, que los arrastra al mal, mientras allí este cuerpo será de una naturaleza espiritual. Haced la misma pregunta al solitario de Pathmos, y os responderá que vió á la Jerusalen santa del cielo adornada como una esposa preparada para su consorte; sus puertas son margaritas; sus muros de jaspe, de zafiros, de esmeraldas, de rubíes, de topacios, de jacintos y amatistas; un río caudaloso recorre aquella ciudad y la ameniza, del cual beberá el justo tan pronto como llegue á la muralla de esta ciudad, y quedará inebriado con su indecible sabor. ¿Quereis saber más sobre este objeto, sobre el sujeto y el lugar? Anhelad por llegar á esta celestial Jerusalen, y este mismo anhelo será vuestro maestro; entonces las mayores bellezas de la tierra os parecerán fealdades; los más preciosos tesoros, basura; todo os dirá sin cesar: «No teneis aquí ciudad ni morada permanente; vuestra habitación es el cielo.» *Non habemus*, etc.

Yo prescindo, pues, de la hermosura divina, de la dicha de nuestras almas, de la gloria de nuestros cuerpos,

de lo ameno de la celestial Sion, y sólo os diré con San Pablo: «No es este mundo nuestra habitacion perpétua, pues esperamos otra ciudad permanente é inmutable; en una palabra: *hay una vida de eterna felicidad en el siglo futuro*. Esta es mi proposicion, que ocupará vuestra atencion religiosa. Implorémos los auxilios del Espíritu Santo, poniendo por mediadora á la Reina de los ángeles, diciendo:

AVE MARÍA.

Hubo en tiempos anteriores algunos herejes, quienes, en mi opinion, no merecen ni el renombre de filósofos, pues carecian de dialéctica y áun de criterio al pretender establecer el absurdo de la reprobacion positiva como consecuencia necesaria de un decreto preexistente de la Providencia. Este error, que, como otros del mismo temple, no tiene otro origen que el orgullo y la ignorancia, ha sido pulverizado, ha desaparecido, y apenas encontraremos quien se atreva á injuriar tan groseramente á la divina bondad, si no es que nos internemos en el seno de alguna secta fanática. Sin embargo, si hoy hubiese alguno que sacase de entre los escombros de la arruinada herejía esta doctrina, y debiese yo salir al campo contra ella, no haria uso de otra dialéctica que de la que me enseña el Evangelio; porque en todos tiempos su razon ha sido sublime y eminente, pero hoy tiene algo más que en épocas pasadas. Cuando Atenágoras, Eusebio y Tertuliano escribian apologías sobre la Religion, ellos tenian la conviccion de que saldrian siempre victoriosos, porque la fé se lo decia; pero esta conviccion no residia en la generalidad; el mundo era entónces un gran circo, en cuyo ámbito peleaban dos grandes atletas; se hallaban

éstos aún en el principio de la refriega, y la humanidad se estaba en expectativa, con las ánsias que Roma miraba á sus gladiadores, esperando los resultados del combate; pero hoy dia no sucede así. El Evangelio se encuentra en la arena: diez y nueve siglos há venció en el primer encuentro, venció en el segundo, en el décimo, en el centésimo, en el milésimo; ha vencido cuantas veces lo han llamado á pelear; por consiguiente, se sabe por la fé, por la razon, por la experiencia, que el Evangelio es purísimo en su moral, infalible en sus dogmas, inalterable, invencible, divino. Hoy dia, quien niegue al Evangelio estas cualidades, se tiene por un hombre escapado de esas casas donde la demencia tiene su caritativa guarida, y en contestacion á todos los argumentos que se quieran oponer contra este Código divino, no hay otra respuesta que el desprecio.

En este libro divino hallo yo establecidas clara y positivamente dos verdades: primera, que el entrar el hombre en el cielo es un efecto de la bondad divina; segunda, que bajar el hombre al abismo es un efecto de nuestra eleccion, explícitamente querida, buscada y aceptada. Por consiguiente, el que se salva para la vida eterna, se salva porque Dios quiere y el hombre tambien; el que se condena para la muerte eterna, se condena contra los designios, contra el querer, contra la intencion de Dios; siendo esta reprobacion una consecuencia inmediata y directa de la eleccion humana. Hé aquí dos proposiciones que nos elevan á la consideracion de la economía de la Providencia, y nos explican en dos palabras cuanto es Dios y cuanto es el hombre. ¿Pensais que necesito, para demostrarlas, de la autoridad del primer teólogo de la Iglesia (Agustin), de su discípulo (Aquino), ó de esa innumerable muchedumbre de sábios que han escrito sobre el asunto? No: ántes que todos habló Jesucristo: abrid el Evangelio de San Mateo (cap. xxv); leed

con detencion, examinad cuanto en él se dice, y deducireis que Dios no ha criado á ningun hombre para condenarlo, sino para llevarlo á la vida eterna. Eran los últimos dias de la vida de Jesucristo; para dar á sus discípulos sus saludables avisos, se sirviera de várias parábolas; de repente muda de lenguaje, desaparecen las figuras y tipos, empezando á hablar de un acontecimiento futuro, describiendo todas sus escenas con la misma realidad que han de tener. «Sentado el Juez en su trono, dice Jesus á sus discípulos, asistido de sus ángeles, hecha la separacion de buenos y malos, puestos aquéllos á derecha y éstos á izquierda, dirigirá el Rey de los cielos la palabra á los primeros, y dirá: «Venid, benditos de mi» Padre, poseed el reino que os está preparado desde el establecimiento del mundo;» y vuelto á los segundos, les hablará tambien con voz de trueno y rostro airado: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo y para sus ángeles.» Hé aquí la descripcion del juicio final, despues del cual unos irán al suplicio eterno, otros á la vida dichosa.

Aquí, señores, no sólo habla un Dios infalible, sino un Juez que está sentado en su tribunal, examinando la gran causa de la humanidad; querer poner en su boca la anfibología y los discursos hiperbólicos al dar una sentencia de vida ó de muerte, sería hacerle ménos favor que á cualquier juez de la tierra; las palabras de Jesus son claras, sencillas y sucintas, de modo que no tienen otro sentido que el literal. ¿Qué dice, pues, este Juez infalible? Afirma, en presencia del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres, que el reino del cielo está preparado para los justos desde el principio del mundo; afirma que el fuego del infierno está aparejado para el diablo y sus ángeles: *Possidete regnum paratum vobis a constitutione mundi. Ite in ignem eternum, qui paratus est diabolo et angelis ejus.* Sí; para el diablo y sus ángeles dice

Jesucristo que se hizo la cárcel infernal con todas sus torturas; mas para el hombre no dice que se hubiera dispuesto originariamente una morada de tanta infelicidad, sino reino eterno, vida sin fin. ¿Y quién no lo ve? Los ángeles fueron criados para servir á Dios, como sus ministros; el hombre fué hecho para servir á Dios, como hijo. Pecaron aquéllos, y en el momento mismo de su rebellion fueron condenados á ser esclavos eternamente, ligándolos Dios con cadenas de fuego; mas no permitió este padre amoroso que al hombre sucediera lo mismo. Cuando salió de las manos divinas, ya el Eterno tuvo sus complacencias en ver en esta criatura el trasunto de su naturaleza; apostató el primer hombre, y Dios le abrió al momento mismo una vía de reconciliacion con su Dios, quedando aquél con los mismos derechos de filiacion por los méritos del Redentor. Luego sólo los ángeles malos son los esclavos en presencia de Dios; el hombre es hijo: ¿podia un padre amoroso engendrar hijos para condenarlos á hierros perpétuos, á tormentos sin fin? No, mil veces no. Dios, al mandar encerrar á los proscritos en el infierno, es un Rey justo, que pone en la cárcel destinada para los rebeldes al príncipe heredero del reino, que no ha querido vivir al lado de su Padre amoroso, sino entre meretrices y asesinos, conspirando contra la vida de su progenitor y la salud del reino.

¡Ah! Este príncipe heredero, desposeido del derecho de reinar, encarcelado y atormentado, es el hombre que se condena á eterna desgracia por su propia eleccion; porque, en lo que toca á Dios, «Él quiere, dice el sublime Pablo, que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad;» á todos y á cada uno está dando testimonio el Espíritu Santo de que somos hijos de Dios; «y si somos hijos, continúa el mismo Apóstol, somos herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo. Y ciertamente no lo seríamos si Dios no nos hubiese criado para